

Seix Barral Biblioteca Breve



Ignacio Martínez de Pisón

La buena reputación





Seix Barral Biblioteca Breve

Ignacio Martínez de Pisón

La buena reputación

Seix Barral



PRÓLOGO

El último mes de su vida fue el de las despedidas. Pero, en apariencia, doña Mercedes estaba bien de salud, y ninguna de las personas a las que hizo ir a su casa sospecharía hasta después de su muerte la verdadera razón. Las iba llamando de un día para otro y con excusas más que convincentes. A Daniel, el mayor de sus cinco nietos, le dijo que el motor del Dodge Dart había empezado a hacer ruidos raros y que prefería que fuera él (y no la inútil de Felisa, le faltó decir) quien hablara con el hombre del taller.

—¿Ruidos raros? A mí me parece que suena igual de bien que siempre. ¡Escucha, abuela! ¡Qué sinfonía! —dijo Daniel mientras asomaba la cabeza por la ventanilla y con gestos de director de orquesta marcaba la cadencia de los acelerones—. ¡Brum! ¡Brum, brum! ¡Bruuum!

Era un modelo de mediados de los años sesenta, gris, con el techo negro. Del bolsillo interior de la puerta sacó Daniel los viejos guantes de conducir del abuelo. Antes de ponérselos, los observó con aprensión.

—Sube, abuela —añadió—. Nos vamos a dar una vuelta.

—¿Una vuelta? ¿Ahora?

—Tenemos que asegurarnos de que todo está bien, ¿no?

—¡Pero es que voy en ropa de estar en casa!

Tardó cinco minutos en cambiarse de chaqueta y de calzado. A su espalda apareció Felisa agitando un sobre por encima de la cabeza.

—¿Van al centro? —preguntó.

Menudita, algo encorvada, con cara de ratón, Felisa era la criada, cocinera y, cuando hacía falta, choferesa de doña Mercedes.

—No, no vamos al centro —dijo ésta.

—¿Y no pasan por ningún buzón?

—Dame, Felisita, daaame... —dijo Daniel, exagerando la impaciencia, y luego sonrió—: ¡Claro que pasaremos por algún buzón!

Doña Mercedes agarró el sobre y echó un vistazo a la dirección. Gallina Blanca y un apartado de correos de Barcelona: eran cupones para el sorteo de una vajilla. Antes de meterlo en la guantera miró también el remite, donde constaba la dirección particular de la sirvienta, la de su casa del pueblo. El gesto de aprobación de doña Mercedes fue tan leve que ni la propia Felisa lo percibió.

—¡Vamos, vamos, que nos vamos! —exclamó Daniel, agarrando el volante con ambas manos.

Daniel era un apasionado de las motos y los coches, y más de una vez le había pedido el Dodge a su abuela para irse de excursión con sus amigos o sus novias. Un automóvil así, aunque a esas alturas fuera una reliquia del pasado, siempre provocaba comentarios de admiración. Rodearon los chalés de los americanos, que se seguían llamando así aunque en ellos ya no vivían los oficiales de la Base Aérea, y salieron a la autovía de Logroño. Allí Daniel pisó con fuerza el acelerador.

—¡Este monstruo se lo traga todo, pero mira qué re-prís! —gritó con alegría.

Llevaban las ventanillas abiertas, y el ruido del aire les

obligaba a alzar la voz. Daniel indicó la aguja de la gasolina, que señalaba la reserva.

—¿Y esto? ¡Si casi no queda!

—¡Felisa ya no se acuerda ni de cómo se pone! —dijo su abuela, que luego agregó en voz más baja—: Y yo menos.

Unos kilómetros más adelante vieron el letrero de una gasolinera, pero el coche pasó de largo. La mujer miró en silencio a su nieto, que encendió la radio. Sonó el estribillo de una canción de Dire Straits que había estado de moda durante el verano, y Daniel lo tarareó en un inglés chapurreado y pobretón. Cuando llegó el solo de guitarra, soltó temerariamente el volante para hacer en el aire un punteo imaginario. Doña Mercedes emitió un gritito y se llevó las manos a las sienes, pero lo hizo como jugando, igual que lo habría hecho ante un niño que la apuntara con una pistola de plástico. Nuevamente tuvieron a la vista el letrero de una gasolinera. Daniel puso el intermitente y se colocó en el carril lento para tomar el desvío. Pero también en esa ocasión pasó de largo.

—¡Yuuuju! —gritó Daniel, acelerando de nuevo.

—¡Habrase visto! —protestó su abuela, y él se echó a reír.

Avanzaban ligeros entre el tráfico escaso, dejando atrás autobuses y camiones. De repente, el motor empezó a dar sacudidas y el vehículo a perder velocidad. Daniel apagó la música y se volvió hacia su abuela con una mueca de alarma.

—¡Ay, ay, que me parece que vas a tener que empujar...!

Doña Mercedes soltó un bufido: ¡habían dejado pasar dos gasolineras y ahora...! No llegó a concluir la frase, porque enseguida comprendió que era otra de las bromas de su nieto.

—¿Cuándo crecerás, Daniel? ¿Cuándo dejarás de comportarte como un niño?

El otro, malicioso, le guiñó un ojo.

—Abuelita, abuelita...

—¡No me llames así! ¡Soy tu abuela, no tu abuelita!

El ruido del motor recuperó la regularidad. Daniel, intentando contener la risa, miraba a su abuela de reojo.

—¡Y deja de mirarme con esa cara! ¡A veces pareces bobo!

—Ahora me vas a decir que soy igual que el abuelo.

—Pero es que no eres igual.

Su expresión se relajó por fin.

—No —dijo—. Tú eres mejor: más guapo, más simpático.

Pararon en la siguiente gasolinera. Sin que Daniel tuviera que pedirle nada, su abuela le alargó un par de billetes.

—¿Cuánto hace que no le miráis el aceite? ¿Y la presión de las ruedas? —dijo él.

—¡Uf! ¡Tú sabrás!

Lo dejaron para otra ocasión. Con el depósito de la gasolina lleno, tomaron la autovía en sentido contrario. Para llegar a los chalés de los americanos habrían tenido que coger, pasados unos kilómetros, el desvío del aeropuerto. El coche, sin embargo, siguió en dirección al centro.

—¿Dónde me llevas?

La llevaba a una tienda de fotografía llamada Foto Studio Tempo, en Fernando el Católico. Subió el Dodge a la acera en la esquina con Bretón y la ayudó a salir. Luego la cogió del brazo y la acompañó hasta el escaparate, en el que se exhibían retratos de parejas de recién casados y niños vestidos de primera comunión. Había también varias fotos de bebés y, mezclada con ellas, una de una niña de unos cinco años.

—¿Ahora qué dices? —preguntó Daniel—. ¿Es o no es?

—¿Pero no habíamos quedado en que tú no tenías nada que ver?

—Eso es lo que dice su madre, no yo.

—¡Entre tu hermano y tú me vais a volver loca!

—Bueno, ¿qué? ¿Se me parece o no?

Doña Mercedes se acercó al escaparate hasta casi rozar el cristal con la nariz. Los ojos, desde luego, eran del mismo color castaño, y esa barbilla y esa frente recordaban las del pequeño Daniel de veinte años antes. Pero esa boquita... En la familia nunca había habido labios así.

—Tampoco pelirrojos y mira a Elías.

—Y esas orejas...

—Algo tendrá de la madre, digo yo.

—Está bien. Me has convencido. ¿Qué piensas hacer?

—Que no, abuela, que no. Si su madre dijo que no, pues es que no.

—¿Has vuelto a hablar con ella?

—Sólo la he visto dos veces en mi vida. Cuando estuve hablando con ella y, claro, la noche aquella, la de su despedida de soltera...

—¡No hace falta que entres en detalles! ¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a entrar aquí y preguntar cómo se llama la niña, quién es, dónde vive... Voy a hablar con su madre para aclararlo todo.

Daniel dio un respingo.

—¡Ni se te ocurra! ¿No te he dicho que ya dijo que no era mía?

—¿Y qué iba a decir la pobre? Que sí, que es tu hija, y que ella es una fresca que a punto de casarse se pone a hacer cochinas con un desconocido... ¡Hala! ¡Que se entere el maridito! ¡Que lo sepa todo el mundo! —Señaló la entrada y añadió, muy seria—: Aparta. Déjame pasar.

Daniel, tenso, no se movió. Su voz sonó suplicante y quebradiza, como cuando de niño hacía una trastada y, huyendo del castigo paterno, buscaba su protección: ¿no le acababa de decir que esa niña no tenía nada que ver con él?, ¿que se lo había inventado todo? Él nunca se ha-

bía acostado con la madre... Era todo una mentira, una broma que se le había ocurrido cinco años antes, un día que ellos dos pasaban por allí y vieron la foto de un bebé en brazos de su madre... ¡Podía ser que esa niña ni siquiera fuera la misma!

—Esta niña no es de tu sangre, Daniel: es de nuestra sangre. Si tú crees que puedes rehuir tu responsabilidad, nosotros no podemos. Porque, haga lo que haga, esté donde esté, sigue siendo de la familia. Y la familia es lo más importante. Que tú no tengas principios no quiere decir que los demás...

—¿Pero por qué te empeñas? —la interrumpió él—. Abuela, escúchame bien: no es mi hija. ¿Me entiendes? No lo es.

Doña Mercedes le miró fijamente a los ojos y luego sacudió la cabeza con lentitud. ¿Sabía Daniel dónde vivían los padres? Si había hablado con la mujer después del parto, a lo mejor sabía dónde vivían...

—¡El mismo color de ojos! ¡Eso es todo! —replicó Daniel, desesperado, e hizo un gesto hacia el escaparate—. También esos novios de ahí tienen los ojos castaños. Y ese niño, el marinerito... ¿Todos ellos son hijos míos? ¿Por qué no consigues sus números de teléfono y les cuentas todo eso de la familia y los principios?

—Aparta, Daniel.

—¿Cómo quieres que te diga que no es...?

—¡Aparta!

El joven dio un chasquido con la lengua y se hizo a un lado para que pasara su abuela, que entró en el local rezongando:

—Vais a matar a vuestra madre a disgustos...

Desde la calle sólo quedaban a la vista un extremo del mostrador y la puertecita que daba acceso al laboratorio. Vio al dueño del negocio entrar y salir por esa puerta. Un par de minutos después le vio acompañar a su abuela has-

ta la salida. Doña Mercedes llevaba un trozo de papel en la mano. El hombre, muy serio, dedicó a Daniel un movimiento de cabeza que él interpretó como un reproche. La abuela y el nieto no se dijeron nada hasta que estuvieron otra vez dentro del Dodge. ¿Qué le habría contado a ese hombre? ¿Qué demonios le habría contado para sonsacarle la dirección?

El semáforo de la plaza de San Francisco les hizo parar, y la anciana le entregó el papel. Había, en efecto, una dirección anotada. Era la dirección de un restaurante.

—¿Qué es esto?

Daniel, aún resentido, no entendía nada. El semáforo se puso en verde. El coche arrancó.

—¿Me vas a decir qué es esto?

—A ver si de una vez sientas cabeza... —dijo su abuela—. En toda la ciudad no hay mejor restaurante para un banquete de bodas.

Daniel seguía sin comprender. Ahora fue ella la que guiñó un ojo:

—Es lo que me ha dicho el fotógrafo. ¡Y digo yo que sabe de qué habla!

Entonces la abuela se echó a reír. Era la suya una risa sorda, hecha de pequeños espasmos que sólo al final estallaban en un hipido brevísimo. Quien no la conociera podría creer que estaba gimoteando. Pero estaba riendo, riendo con ganas, y le costaba articular las palabras. Tardó un buen rato en poder pronunciar una frase completa.

—A veces me sorprende lo ingenuo que eres... —dijo.

Daniel hinchó los carrillos y permaneció atento a la conducción. Luego expulsó todo el aire de golpe y se permitió una sonrisa.

—¿Qué ingenuo eres, Danielito, pero qué ingenuo...

Estaban ya a la altura del campo de fútbol. Desde allí hasta la casa no les detendría ningún semáforo. Cuando

llegaron, doña Mercedes se llevó una mano a los labios y abrió la guantera.

—¡La carta! Con tanta tontería se nos ha olvidado...

A Elías, el hermano de Daniel, le llamó su abuela para que se probara las últimas piezas de la vestimenta de Carlos V, que Felisa había terminado de coser la noche anterior. En mitad de la cocina, en camiseta y calzoncillos, Elías se dejaba hacer. Felisa le ayudó primero a ponerse unos leotardos claros y a ajustarse sobre ellos unos calzones en forma de tonelete. Después le embutió en una basquiña marrón y en un jubón de mangas abullonadas que se cerraba con un velcro disimulado en el interior.

—¿No tendría que ir primero...? —susurró Elías.

—¿Es necesario todo... eso? —dijo Felisa, también en voz baja.

—Igual que en el cuadro, te dije.

Se refería a uno de los retratos del emperador pintados por Tiziano. Felisa, mascullando juramentos, se inclinó sobre la mesa para echar un nuevo vistazo a la lámina. Ésta formaba parte de uno de los gruesos volúmenes de la *Historia del arte* del marqués de Lozoya. Para que no se cerrara, habían sujetado la página con el azucarero y el bote del café. Sostuvo el bote con la mano mientras observaba la mitad inferior del retrato. En ella sobresalía el bulto de una bragueta de armadura que simulaba un enorme miembro viril. A eso, a todo eso, había aludido Felisa al preguntar si era necesario. Volvió a taparlo con el bote, cogió un plátano del frutero y se lo alargó mirando para otro lado.

—Las porquerías son cosa tuya —dijo, haciéndose la ofendida.

—¡Ay, Felisa, qué remilgada eres!

Se abrió el jubón y se colocó el plátano dentro de los leotardos.

—¿Qué tal? —preguntó.

Con los brazos en jarras, Elías se contoneó un poco para exhibir el inmenso paquete. La sirvienta, sin ocultar su repugnancia, se le acercó para pegar el velcro.

—¡Pero ciérrate esto, hombre!

Elías sonreía.

—¡Y borra esa sonrisita!

Elías siguió sonriendo.

—¿Te apetece tocar un poco?

—¡Indecente!

—Aprovecha ahora, antes de que se chafe...

Felisa no aguantó más y le dio una palmada en el culo. Elías soltó una carcajada: aquellos calzones eran tan gruesos que casi ni la había notado. Recibió otro azote, bien fuerte ahora, y soltó un quejido que se oyó en toda la casa.

—Conque remilgada, ¿eh? —dijo Felisa.

Desde el salón llegó la voz de doña Mercedes:

—¿Estáis ya? ¡Ya basta de cuchichear!

—¡Medio minuto! —gritó Elías.

Felisa se apresuró a ponerle la chamarra, hecha a partir de un viejo abrigo de paño con solapas de astracán que doña Mercedes siempre había detestado, y el sombrero plano, en realidad una boina a la que había dado forma con cinco o seis puntadas. Le colocó una cadenita al cuello y le tendió un abrecartas con mango de nácar cogido de una de las vitrinas.

—¿Y la borla? —dijo Elías.

—¡Ay, la borla, la borla!

La aparición de Elías en el salón fue saludada con grandes exclamaciones de asombro. Doña Mercedes, sentada en el sofá, no paraba de aplaudir y, cuando su nieto se abrió un poco la chamarra y dejó ver la abultada entre-

pierna, soltó un largo y escandalizado ¡uuuuh! que poco a poco fue convirtiéndose en un ataque de risa. Felisa, de pie a su lado, reía también, y si no aplaudía era por modestia, porque buena parte del mérito le correspondía a ella. «¡Cómo te ha crecido la nariz! —decían—, ¡no sabíamos que la tuvieras tan grande!» Las dos mujeres parecían competir en sus comentarios, que ellas creían obscenos pero eran sólo pícaros: «¡Con una nariz como ésa no te han de faltar novias!» Elías, impávido, se paseaba con andares majestuosos, y cada pocos pasos exageraba su cojera y cimbreaba el tronco como si en lugar de columna vertebral tuviera un largo muelle. Tenía Elías una pierna ligeramente más corta que la otra, y en la familia se decía que sin esa cojera suya no habría salido tan guasón.

—¡Pero qué jaimito estás hecho! —exclamó doña Mercedes, porque ése, y no guasón, era el apelativo que le aplicaban.

—Sí —dijo él, adoptando un acento pretendidamente extranjero—, Jaimito I de España y V de Alemania, por la divina clemencia emperador de los Jaimitos, augusto rey de Jaimitolandia...

Su abuela y Felisa, más que reír, ululaban. Elías, satisfecho de su éxito, adoptaba poses estatuarias y desencajaba la mandíbula inferior para reproducir el prognatismo del emperador. De repente, buscó a su alrededor.

—Me falta el perro... —dijo—. ¡Fosca, Fosca!

En su cesta de mimbre, la vieja Fosca, molesta ante tanto alboroto, se limitó a cambiar de postura. Doña Mercedes se sonó la nariz y soltó un prolongado suspiro. Tanto reír la había dejado exhausta.

—¿En qué consiste la obra? —dijo—. ¿Nos vas a representar un trozo?

—¡Pero si todavía no la tengo escrita! Lo primero era el vestuario. Y lo demás irá saliendo por sí mismo... Es sencillo. Esas comilonas que se pegaba: las empanadas de

anguila, las ostras crudas, las longanizas de Tordesillas... ¡Y lo que bebía el hombre! ¡Los tragos que le pegaba a la jarra de cerveza! Y luego, ya en Yuste, todas esas enfermedades... ¿Sabíais que, además de gota, tenía hemorroides y no sé cuántas cosas más y, como le faltaban casi todos los dientes, sus digestiones eran pesadísimas? ¡Pero lo mejor es que los médicos estaban siempre pendientes de sus defecaciones! Se me ocurre... ¡Se me ocurre que yo podría cagar en directo y alguien, el que hiciera de médico, podría ir por la sala mostrando el contenido del orinal y pidiendo al público su opinión!

—¡Por Dios, qué asco! —exclamó su abuela, llevándose de forma instintiva la mano a la nariz.

—Típico comentario de provincias. En Madrid, ¡y ya no digamos en Nueva York o en París!, dirían que es el colmo de la modernidad, un monumento a la provocación, la transgresión elevada a la categoría de arte, el acta de defunción de los más apolillados convencionalismos...

—Será un comentario de provincias pero qué asco —insistió doña Mercedes.

Felisa, en señal de solidaridad, se sentó junto a su señora y sacudió la cabeza con afectación.

—Qué asco, qué repugnancia y... —no se le ocurrían más sinónimos—, ¡y qué asco!

—Por cierto... —dijo Elías sin escucharla, y luego corrió a la cocina y volvió pasando páginas de la *Historia del arte*—. Aquí está.

Plantó el libro en el regazo de la criada.

—¿Qué? —dijo ella, suspicaz.

—Pues eso.

La lámina mostraba otro de los retratos pintados por Tiziano, con un emperador avejentado y triste, ascéticamente vestido de negro, sin joyas ni adornos de ningún tipo.

—¡Ni lo pienses! —se rebeló Felisa.

—¿Cómo que no? No podemos dejarlo a medias. Es una obra en dos actos. Esta ropa es la del primero. ¡Falta la del segundo!

—¡Bastante trabajo me has dado! ¡Otro traje no!

—¿Pero no lo entiendes? ¡Es fundamental! ¡Sin este traje ni hay obra ni hay nada!

—¡Que no, que no y que no!

La discusión se mantuvo en estos términos hasta que Elías, cambiando de táctica, fingió dar la causa por perdida:

—Está bien. Me obligas a hacer cosas que no debería. Me obligas a recurrir a Menkes.

—¿Necesitas dinero? —intervino la abuela, intranquila.

—¿Quién es ese Menkes? —preguntó la otra.

Menkes era una sastrería especializada en vestuario teatral, pero Elías prefirió no sacarlas de dudas y que se imaginaran lo que quisieran.

—¿Necesitas dinero? —volvió a decir la abuela.

—Yo siempre necesito dinero.

—Ay, Elías, a ver dónde te metes... —dijo Felisa con tono lastimero.

Él supo que no tardaría en convencerla. Otra vez de buen humor, dijo:

—Estoy pensando que otro personaje podría ser un mosquito. El mosquito que mató a Carlos V. ¡Se había hecho construir un estanque para pasarse las tardes pescando y lo único que pescó fue el paludismo que le llevó a la tumba!

Aquí hizo una larga pausa. Luego entrecerró los ojos como un moribundo y adoptó de nuevo el acento extranjero:

—Confesando firmemente, como creemos y confesamos, todo lo que la Santa Madre Iglesia...

—No empecemos con la Iglesia —le interrumpió Felisa.

Elías hizo un gesto de protesta pero no dijo nada.

—Con lo meapilas que tú eras... —sonrió la abuela.

—¿Queréis que represente la muerte del emperador o no?

—Un misicas —insistió la abuela—. Siempre entre sotas, siempre rezando...

—Eso fue hace mucho.

—No tanto. Cuando tenías dieciocho años.

—¡Diecisiete!

—¿Y qué tiene de malo ser un buen cristiano? —dijo Felisa con recelo.

Elías dio un saltito sobre su pierna corta, la derecha.

—¿Y si hago un musical, una especie de ópera-rock? Como *Jesucristo Superstar* pero con Carlos V y su confesor. ¡Ya lo tengo: *Catecismo Superstar!*

Dio unos torpes pasos de claqué y, sin dejar de bailar, improvisó una cancioncilla en la que una voz grave se alternaba con otra más aguda para las respuestas:

—«¿Eres cristiano?» «¡Soy cristiano por la gracia de Dios!» «¿Qué quiere decir ser cristiano?» «¡Ser cristiano quiere decir ser discípulo de Cristo...!»

Doña Mercedes soltó una risita. Felisa, irritada, se encaró con ella:

—¡Basta! ¡Basta ya!

—Felisa, por favor...

—¡Qué irreverencia! ¡No sé cómo lo permite, aquí, en su casa, a su propio nieto...!

Aturullada, Felisa se levantó del sofá. Luego, dando un portazo, se encerró en la cocina.

—¿Y ahora qué le pasa a ésta? —dijo Elías, perplejo. Su abuela se encogió de hombros.

—Anda. Ve con ella y dile algo, a ver si tú la tranquilizas.

El Dodge Dart aparcó en el paso de cebra con la rueda delantera derecha subida al bordillo y el parachoques tocando la base de la farola. Doña Mercedes, sentada en el asiento del copiloto, abrió la puerta y soltó un bufido.

—Cada vez conduces peor, hija. Se nota que te estás haciendo vieja —dijo, aunque Felisa era dieciocho años más joven que ella.

La criada salió a ver.

—Tampoco está tan mal —dijo.

—Cada día estás más tonta. Venga, ayúdame.

Le dijo «ayúdame» pero Felisa tuvo que hacerlo todo: abrir la puerta trasera, coger en brazos a la pobre Fosca envuelta en su vieja manta escocesa y llamar con el codo al timbre del veterinario. Fosca, sin mover un músculo, dejó escapar un suave lamento. Oyeron pasos en el interior de la clínica, y la anciana agarró a la perra e hizo un gesto a Felisa para que volviera al coche y buscara un sitio para aparcar.

—Rápido, que pesa —dijo mientras se abría la puerta y asomaba la cara redonda y brillante de Laura, la hija de Lumbreras.

Sin darle tiempo a decir nada, doña Mercedes pasó a la sala de espera y se sentó en el sofá con la perra en el regazo. La pared estaba decorada con fotos de perros de diferentes razas. Fosca, de raza indefinida, recogida en el callejón trasero del chalet cuando era sólo un cachorrillo, no se parecía a ninguno de esos perros. Doña Mercedes se tapó la nariz con un pañuelo y lloró un poco:

—Mi pobre Fosca, mi Fosquita...

Laura, balbuceando frases inconexas, corrió a avisar a su padre, que enseguida se hizo cargo de la situación. Lumbreras era un hombre redicho y untuoso, con algo de sacerdote preconiliar. Se sentó al lado de la anciana y acarició el húmedo morro de la perra, que cerró los ojos

con lentitud. En sus frases de consuelo había algo aséptico y maquinaal que le restaba credibilidad.

—Mi querida Mercedes, me ha dicho mi hija que había llamado... Ya lo sabemos: a todos nos acaba llegando el momento, y a nuestras queridas mascotas también. Es un momento doloroso, pero más para nosotros que para ellas. Veamos. ¿Mamas abultadas? Sí. Llagas, también. Decaimiento general, dificultades motoras... No se preocupe. No va a notar nada. Una inyección, un sueñecito ligero que cada vez se va haciendo más profundo, y ya está.

La perra, como si supiera que estaban hablando de ella, abrió los ojos y miró a su dueña, que ahogó un sollozo.

—Mi pobre Fosquita... —volvió a decir—. Se está dando cuenta de todo.

—Sé que es triste pero si no hay más remedio...

Doña Mercedes se puso filosófica:

—La muerte nos iguala a todos. Animales, personas. A las personas las vuelve un poco animales y a los animales un poco personas, ¿no le parece?

La perra, con esas orejas grandes y lacias y esos dienteillos montados, siempre había sido fea, y con la enfermedad aún lo era más.

—Yo creo que entiende lo que decimos —siguió diciendo la anciana—. Si ahora se lanzara a hablar, no me extrañaría demasiado. ¿Se lo imagina? ¿Se la imagina diciéndome: por qué me haces esto, con lo fiel que te he sido siempre, con lo que te he querido, con todos los momentos de felicidad que te he dado en estos diez años?

—Vamos, vamos, mi querida Mercedes... —dijo el otro, agarrando a la perra y acunándola como a un bebé.

La mujer sacudió la manta escocesa y la alejó de sí. Ese gesto pareció bastarle para recuperar la entereza.

—¿Y qué se hace con un animal muerto? —dijo, guardándose el pañuelo en la manga—. ¿Dónde hay que llevarlo?

—Usted no se preocupe. Nosotros —y aquí el veterinario hizo una señal en dirección a su hija, que asentía con aire afligido— nos encargaremos de Fosca.

Se levantaron los dos.

—¿Puedo? —preguntó ella, mostrando la palma de la mano.

—Claro.

Doña Mercedes acarició despacio, muy despacio, a la perra, y ésta emitió un nuevo lamento, tal vez el último.

—Muchas gracias. Y mándeme la factura —dijo la anciana con la voz quebrada.

Laura, plegando la manta, la acompañó a la salida. Luego se reunió con su padre en la sala de intervenciones. La perra yacía en la mesa bajo una potente luz blanca. Mientras rebuscaba en los cajones del instrumental, Lumbreras ni siquiera se molestó en atar al animal, que no tenía ni fuerzas para moverse y parecía haber aceptado su destino con mansedumbre. Colocó una jeringuilla desechable sobre la mesita auxiliar de aluminio y fue encajando uno a uno los dedos en los guantes de látex. Antes de romper el precinto de la jeringuilla, echó un último vistazo a la perra.

—Fosca, Fosca... —dijo.

Acercó el rostro a sus mamas y las observó pensativo. Luego, mirando al techo, las palpó meticulosamente. Laura se dio cuenta de que su padre acababa de hacer un descubrimiento inesperado.

—¿Tú qué crees? —preguntó él, sin esperar respuesta.

La joven permaneció atenta. Lumbreras dejó pasar varios segundos antes de decir:

—No son tumores.

Nueva pausa. Ahora fue Laura la que la interrumpió:

—¿Entonces?

—Es leche.

—¿Leche?

—Galactorrea —asintió el veterinario—. Suele presentarse en el diestro avanzado del ciclo sexual.

—¿Y las dificultades motoras?

—Quién sabe. Un poco de fiebre, malestar general...: puede ser cualquier cosa.

Con un movimiento de cabeza indicó la calle.

—Mira a ver si la alcanzas. Dile que vuelva.

Había visto tan afectada a la anciana que la simple idea de alegrarle el día le puso de buen humor. Mientras mataba el tiempo acariciando a Fosca, se descubrió a sí mismo tarareando el brindis de *La Traviata*. Oyó ruidos a su espalda y gritó:

—¡Adelante, adelante!

Doña Mercedes, escoltada por Laura, avanzaba con expresión vacilante. El veterinario no reparó en que no llevaba consigo la manta escocesa.

—¡Adelante! —repitió.

La anciana parecía más bajita que unos minutos antes. Se detuvo a pocos centímetros de la mesa y observó a la perra, que la saludó con un débil movimiento de cola y un ronroneo casi inaudible.

—Buenas noticias. Se trata de una falsa gestación. Un embarazo psicológico, digamos.

El silencio que siguió a esta declaración era sólo eso: silencio.

—¿Qué quiere decir? —dijo finalmente doña Mercedes.

—Estas cosas pasan: a veces los síntomas se parecen tanto... Nada. Arreglado. Que no coma nada durante las próximas veinticuatro horas, y procure que no se lama a sí misma porque eso estimularía las glándulas... Por lo demás está perfectamente, y aún puede vivir en buenas condiciones algunos años más.

Lumbreras se quitó los guantes, haciéndolos restallar en el aire.

—¿No lo entiende, doña Mercedes? —siguió diciendo, ufano—. Que no va a hacer falta sacrificar a Fosca. Que ahora mismo la metemos en el coche y se la puede llevar a casa.

La anciana, inesperadamente severa, dijo:

—Creía que las cosas habían quedado claras. Yo ya me he despedido de ella. Ahora usted haga lo que tenga que hacer.

Echó a andar hacia la salida, y ni siquiera se detuvo para añadir:

—Y no se olvide de la factura. Buenas tardes.

El padre y la hija se miraron y después miraron a doña Mercedes, que al salir dejó la puerta abierta.

En la calle, el Dodge la esperaba en doble fila. Felisa, con el cinturón de seguridad puesto, tuvo que ladearse y estirar el brazo para retirar el seguro de la puerta, que luego alcanzó a abrir con las yemas de los dedos. Para instalarse en su asiento, la anciana se agarró con la mano derecha al borde de la puerta y con la izquierda a la parte superior del respaldo. Como a todos los viejos, le costaba más entrar que salir de los coches (y más bajar escaleras que subir las). La operación se desarrollaba en varias fases. En mitad de dos de ellas se detuvo un instante para decir:

—Pero qué inútil eres, hija. Tampoco ahora has sido capaz de encontrar aparcamiento.

Felisa hinchó los carrillos y soltó una pedorreta. La anciana respondió dando un portazo.

—A casa, ¿no? —dijo Felisa.

—¿Adónde si no?

Cuando llegaron, todavía olía a las chuletas de corde-ro de la comida.

—A ver si ventilamos un poco —dijo doña Mercedes.

—Eso ya es cosa suya. No mía.

Las pertenencias de Felisa seguían donde las había de-

jado por la mañana, amontonadas junto al paragüero del recibidor. Entre ellas destacaba la maleta de imitación piel comprada veintiséis años antes, cuando estuvo a punto de irse de la casa para contraer matrimonio con un cerrajero que resultó ser un golfo. Alrededor de la maleta había varias cajas de cartón con objetos diversos. Algunas de ellas contenían ropa, casi siempre heredada de doña Mercedes, que nunca tiraba una prenda sin ofrecérsela antes. En otra había una selección de bajorrelieves en estaño, de la época en que a las dos mujeres les dio por dedicar las tardes de lluvia a la artesanía. En otra estaban las fotos enmarcadas: fotos de Felisa con su familia antes de entrar a servir, fotos de la boda de su hermana en la iglesia del pueblo, fotos de sus sobrinos cuando eran bebés o hicieron la primera comunión, una foto del mayor de ellos jurando bandera, otra del segundo en su viaje de novios a Florencia... Eran fotos de una vida posible, y junto a ellas había pocas, muy pocas fotos de su vida real, su vida con doña Mercedes, reacia siempre a posar delante de una cámara.

— Toda una vida... —suspiró Felisa, y luego, para restar gravedad al comentario, canturreó—: «Toda una vida te estaría mimando...»

Doña Mercedes entró en la habitación que llamaban despacho y que, desde la muerte de su marido, diecisiete años antes, había ido acogiendo todos los cachivaches que perdían su acomodo en el resto de la casa. Allí, entre una bicicleta estática, una colección de teteras marroquíes y una máquina de coser estropeada, estaba la cómoda en la que guardaban los papeles. Del cajón superior sacó una cartilla de ahorros y una carpeta pequeña. Cuando llegó al recibidor, Felisa salía del cuarto de baño. El ruido de la cisterna recargándose concluyó, como siempre, con un gorgoteo algo ansioso. Le tendió la cartilla, abierta por el medio.

—Ésta es la última anotación. Todo correcto, ¿no?

Felisa, como una niña vergonzosa, bajó la mirada al suelo. Doña Mercedes le entregó también la carpeta.

—El coche ya está a tu nombre. Y el seguro, pagado hasta junio.

—¿Y para qué quiero yo ese coche, con lo que consumo? —gimoteó la otra.

Empezó a meter las cosas en el maletero del Dodge. Las cajas que no cabían fueron a parar al asiento de atrás.

—¿Y tú decías que no iba a caber todo! —le reprochó la anciana desde el escalón de la entrada.

En la parte de delante aún quedaba sitio, y doña Mercedes le ordenó que fuera a la cocina y cogiera la cesta de las ciruelas claudias.

—¿Entera?

—Entera. ¡Con lo que te gustan!

Felisa obedeció y luego permaneció junto al Dodge sin saber muy bien qué hacer.

—¿Necesita algo? ¿Quiere que le deje la cena preparada? —dijo, por fin.

Doña Mercedes negó con la cabeza e hizo un gesto hacia el cielo como diciendo: «Vete ya si no quieres que te coja la noche por el camino.» Felisa esperó aún unos segundos para ver si la señora tenía pensado darle un abrazo o pronunciar unas palabras de despedida. Como vio que no hacía el menor movimiento, se puso al volante del Dodge y se frotó los ojos húmedos.

—Llámame cuando llegues —dijo entonces la anciana—. Esa carretera no me gusta nada.

El coche arrancó y enseguida desapareció por la esquina de la guardería de las monjas. Doña Mercedes cerró entonces la puerta, fue al saloncito que daba al jardín trasero y se sentó en la mecedora a esperar.

La notaría estaba en la calle Sanclemente, a no más de diez minutos de su casa. A pesar de eso, Miriam llegó con un cuarto de hora de retraso. Farfullando disculpas, siguió a la recepcionista hasta la salita en la que esperaban Sara y Felipe. Éste, siempre correcto, la saludó con dos besos. Sara, sin levantarse del sofá, esperó a que se fuera la recepcionista para murmurar:

—Toda la vida igual...

—Uf, lo siento. De verdad. He ido a Galerías a cambiar el exprimidor —hizo una seña hacia las bolsas que llevaba— y se han hecho un lío con los tiques...

—Ha pasado un grupo que iba detrás.

—Ya te digo que lo siento...

Entre las dos hermanas, Sara siempre se comportaba como si ella fuera la mayor, y Miriam, incapaz de resistirse a su autoridad, reaccionaba intentando hacer algún comentario digno de su aprobación.

—Compré el exprimidor en las rebajas y ¿os podéis creer que sólo funciona a 125? Claro. Por eso estaba tan barato —dijo, dejándose caer en el sofá—. ¡Si ahora todas las casas tienen 220!

Sara suavizó el rictus y negó lentamente con la cabeza:

—Desde luego, te pasan unas cosas...

—¡A saber desde cuándo tenían el exprimidor ese! Al final lo he cambiado por una radio-despertador. Que tampoco es que me haga mucha falta, pero bueno.

—Pero mira que eres tonta... —dijo Sara con una sonrisa cariñosa, exactamente la sonrisa que empleaba para llamarla tonta.

Una secretaria entró a pedirles los carnets de identidad. Sara hizo una seña hacia Felipe y preguntó:

—Él no, ¿verdad?

—Yo sólo soy el yerno —dijo Felipe.

No pretendía hacer un chiste pero las tres mujeres son-

rieron. En cuanto volvieron a quedarse a solas, Miriam suspiró y dijo:

—Después de una muerte, todo son papeleos...

—Lo dices como si se te muriera alguien todas las semanas —comentó Sara.

—Chica, es un decir.

Unos minutos más tarde, las hicieron pasar al despacho, presidido por un retrato al óleo del notario cuando tenía diez o quince años menos y bastante más pelo en la cabeza. El notario se levantó a estrecharles la mano, y Miriam observó los pelos negros que le nacían en los nudillos. Era un hombre corpulento más que gordo, con una papada considerable, pero podía ser que en alguna etapa anterior al retrato hubiera sido guapo.

—Pónganse cómodas.

Apenas comenzada la lectura, empezaron los cruces de miradas entre las hermanas. Tras un par de ruidosos carraspeos, el notario las miró por encima de la montura de las gafas.

—Si tienen alguna duda, si hay algo que no esté claro...

—Es que... —dijo Sara—. No sabíamos que había sido modificado.

—Un testamento no se modifica. Simplemente, se redacta uno nuevo.

—¿Y eso cuándo...? —dijo Miriam.

El notario, como indicando que esa parte ya había sido leída, se tomó unos segundos para regresar al encabezamiento, y Miriam se dijo que tal vez no habría actuado del mismo modo en el caso de que la pregunta la hubiera hecho Sara.

—Pero de eso hace sólo... ¡mes y medio! —exclamó ésta, que luego se volvió hacia su hermana—: ¿Tú sabías algo?

Miriam abrió mucho los ojos y negó con la cabeza. El notario adoptó un tono profesoral:

—Éste es un testamento abierto ordinario. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que se otorga ante notario y que no precisa de la concurrencia de testigos. Si la voluntad de la testadora era mantenerlo en secreto... ¿Continúo?

—Sí, sí, perdone.

Felipe había quedado en esperarlas en la cafetería Las Vegas. Cuando llegaron, ya casi se les había pasado el enfado, y ahora el que se mostraba disgustado era él:

—Sabíamos que iba a ser casi todo para los nietos, y estábamos de acuerdo. ¡Pero no así, por Dios! ¿En qué cabeza cabe?

Ésa era una de sus expresiones características: «¿en qué cabeza cabe?» Otras eran: «la policía no es tonta», «a otro perro con ese hueso» y «que si quieres arroz, Catalina».

—A ver quién se lo dice ahora a los gemelos... ¿Para eso están acabando Empresariales? Si hubiéramos sabido que las empresas no iban a ser para ellos, quién sabe qué carrera habrían elegido. ¡Tanto tiempo preparándose para una cosa y luego...! Pero si hasta vuestro padre lo decía. Me acuerdo de cuando les veía cambiar cromos y decía: «Éstos sí que han salido a mí, comprar barato y vender caro.» Y entre nosotros, Miriam, tus hijos son muy buenos chicos, sabes que no tengo nada contra ellos, pero en qué cabeza cabe que sean ellos los que vayan a hacerse cargo de las empresas. ¿Qué sabe Daniel de consignaciones de buques? Y el bueno de Elías...

Llegó el camarero con los cafés con leche y los pasteles. Sara exclamó:

—¡Hum! ¡Chachepós! ¡Qué buenos!

—Siempre fueron nuestros favoritos, ¿te acuerdas?
—dijo Miriam.

Felipe seguía con su monólogo:

—¿Y se pueden imponer condiciones como esa de los cinco años? Porque si Daniel o Elías no aceptan su parte de la herencia o no aguantan esos cinco años, los que sa-

len perdiendo no son Daniel o Elías: es la familia entera. ¿Seguro que vuestra madre estaba bien de la cabeza? ¿Seguro que no tuvo un despiste y confundió los nombres de los nietos? ¡Habría que asegurarse de que ese testamento es válido! Y digo yo si no se podrían intercambiar los lotes... Tú, Miriam, estarías de acuerdo, ¿no?: los locales y las plazas de aparcamiento para tus hijos, las dos agencias de consignación para los gemelos.

Todas esas dudas habían quedado ya resueltas ante el notario, así que las dos hermanas, concentradas en sus respectivos chachepós, ni le escuchaban.

—Ya sabéis que yo nunca he querido nada. No es por mí. Es por ellos: por Daniel, por Elías, por los gemelos. Si las dos estáis de acuerdo, hablo con un abogado e invalidamos el testamento. No puede ser tan difícil.

—Ay, Felipe, cállate ya —dijo su mujer.

—¿Que me calle?

—Sí, cállate, pesado.

—Estoy hablando en serio. Si fuera por mí... Pero ya sabéis que yo...

El ímpetu de su discurso fue poco a poco decayendo, y Felipe no tardó en sumirse en una melancolía callada e indiferente. Luego se levantó y dijo a Sara:

—Voy a buscar el coche. En cinco minutos en la puerta.

Le vieron salir al paseo y desaparecer entre la gente. Permanecieron un instante en silencio, y luego Miriam se puso a hablar con su atolondramiento habitual:

—¿Cuándo fue la última vez que estuvimos así, tú y yo, solas las dos, simplemente merendando? Imagínate: cuando los niños eran pequeños y los dejábamos con papá y mamá para irnos de compras... ¡Y papá murió hace diecisiete años! Diecisiete años, parece mentira. Algunas mañanas, al despertarme, todavía creo que estoy en la habitación, en nuestra habitación. Que mamá está cacharreando en el jardín y que papá está en la ducha

cantando a voz en grito y salpicándolo todo y que tú estás haciendo un bizcocho en la cocina. Es una tontería, ya lo sé, porque aquí nunca llegamos a vivir juntas tú y yo. Nunca tuvimos nuestra habitación. Es como si los recuerdos de la casa de Melilla se hubieran cambiado de sitio. Es curioso, ¿no? Nunca echo de menos la casa de Melilla y, en cambio, la de aquí... ¡Y mira que viví poco en ella, con la prisa que me di en encontrar marido!

La alusión a su desafortunado matrimonio logró arrancarle una sonrisa a Sara.

—No digas eso —dijo.

—Así fue. Por eso salió todo como salió... —dijo Miriam, y tras una breve pausa prosiguió con su parloteo—: ¿Te acuerdas de cuando mamá secuestró a Elías para que no le circuncidara el *mohel* que papá había hecho venir de Barcelona? ¿Y de cuando fingió una angina de pecho para que papá no pudiera inaugurar la sinagoga?

Evocó aún un par de anécdotas más de su madre. Ninguna de ellas era novedosa. Desde la viudez de doña Mercedes, no había reunión familiar que no terminara con el relato de sus episodios más disparatados, que el tiempo había ido estilizando y adornando con detalles de imposible verificación.

—Era muy suya —concluyó Miriam.

—Era una bruja —dijo Sara, y pronunció «bruja» con el mismo tono con que llamaba tonta a su hermana.

—¡Qué ganas de enredar! Dondequiera que se encuentre, si nos está viendo, seguro que se lo estará pasando en grande. Me la imagino viendo las caras que poníamos delante del notario y riéndose de nosotras: «¿Qué?, ¿qué os ha parecido mi última jugarreta?, ¡a que esto no os lo esperabais...!» Pero seguro que dentro de algún tiempo, cuando nos acordemos, nos reiremos.

Sara asintió con la cabeza y soltó una de esas risitas suyas, breves y como enroscadas en sí mismas, apenas un

gorjeo. Felipe asomó por la puerta de la cafetería e hizo una seña en dirección al coche, mal aparcado. Se levantaron las dos y se encaminaron hacia la caja registradora.

—Pago yo —dijo Miriam.

—No, déjame a mí.

—Que pago yo.

Al final pagaron a medias. Ya en la calle, Sara alargó la mano y acarició la mejilla fruncida de su hermana.

—La preocupación te hace parecer mayor.

El comentario de Sara tenía algo de reconvención, pero Miriam lo tomó como un cumplido. Se dijeron adiós y cada una se fue por su lado.

 Seix Barral

Diseño original de la colección:
Josep Bagà Associats

Primera edición: abril 2014

© Ignacio Martínez de Pisón, 2014

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.es

ISBN: 978-84-322-2253-5

Depósito legal: B. 4.878-2014

Impreso en España

Cayfosa, S. A., Barcelona

Preimpresión: Moelmo, SCP (Barcelona)

También disponible en e-book

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción parcial o total de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.